

"SANSON Y DALILA"

A PROPOSITO DE UN ARTICULO DE "FUEGO"

La Revista Nacional de Bomberos "FUEGO" en su edición de Septiembre-Octubre de 1956 (pp. 10-13) insertó un artículo sobre dos personajes bíblicos Sansón y Dalila, que merece ser comentado.

No dudamos de la buena fe del colaborador Rafael Solana al presentar dicha publicación, por más que él no caiga enteramente en la cuenta de toda la trascendencia de ella; no dice el escritor de dónde ha tomado la inspiración. No podemos, sin embargo, disculpar igualmente al primer autor y menos al Profesor Jan Hendrik Vandennepeerebum, quien publicó por primera vez el contenido principal.

Se trata de dos cartas escritas en ladrillo y descubiertas por el Profesor Vandennepeerebum, una de Dalila a su suegro y otra de Sansón a su padre. No se concreta el lugar del hallazgo si fué Babilonia o la región palestinese. Dícese que el trabajo de reconstrucción fué increíblemente arduo y penoso: que el obstinado sabio hizo esfuerzos heroicos para descifrar los dos textos. Lo que en sana crítica nos pone muy en guardia para creer al autor o al impostor es que "algunos ladrillos habían sido encontrados a muchos kilómetros y a veces a varios metros bajo tierra, o formando parte de casas o muros que hubo que derruir para rescatar fracciones de documento". Algunos de los caracteres hallados tenían muy insegura ortografía.

Y cabe preguntar: Los ladrillos encontrados y ahora donados al Museo Británico, ¿son verdaderos o fingidos? Y ¿cómo pudo el profesor hallar las cartas en su integridad no sabiendo aún el contenido exacto, y estando algunos ladrillos a una distancia de kilómetros unos de otros? ¿Tenía toda la competencia técnica para el pleno conocimiento de una escritura tan rara? ¿Habría sido fiel en la interpretación de los ladrillos? ¿Habría habido reconstrucciones propias para completar las cartas? ¿Ha habido algún observador sagaz, independiente del Profesor, que haya podido controlar los resultados de éste? Mientras estas pregun-

tas no se contesten con precisión, todo se podrá sospechar pues parece inverosímil tal hallazgo. Y no basta decir que la Academia Francesa se reunió para oírlo, y que dentro del amplio salón había eminencias universitarias, directores de los principales periódicos y varios distinguidos representantes del Cuerpo Diplomático.

Supóngase un juego de rompecabezas desconocido, disperso al azar de varios kilómetros, algunas de cuyas fichas estuviesen enterradas a varios metros bajo tierra; es increíble que se pudiera volver a reconstruirse enteramente. Nunca se niega la posibilidad física.

Ha habido tantas falsificaciones en estas materias que toda cautela es pequeña y más en temas que se rozan con la Sagrada Escritura, como es la presente. Todavía si los resultados obtenidos confirmaran el sacro relato, se podría dejar pasar; pero cuando se trata de tergiversar los hechos históricos de la Biblia es menester toda la reserva que requiere el caso.

Si no hubiera refinada malicia en la interpretación de los hechos y todo fuera cierto según la más rigurosa crítica, lo más que se pudiera decir de esas cartas es que son dos relatos apócrifos, como los que se escribieron a propósito o en relación con los sucesos referidos en la Biblia. Apócrifo no es lo mismo que histórico. Semblanzas como estas siempre han existido lo mismo de los libros del Antiguo como del Nuevo Testamento. Las cartas propuestas, si no son pura impostura del referido asiriólogo, bien pudieron ser escritas por un autor filisteo enemigo del pueblo hebreo. Es lo más que se puede conceder.

Un católico no puede tomar como fehaciente un escrito que falsea totalmente el relato histórico de la Biblia. La narración bíblica de los sucesos de Sansón y Dalila es tan sencilla, sobria e imparcial, como puede serlo cualquier historia fidedigna o cualquier episodio de la Sagrada Escritura. Los incrédulos, es verdad, se rien de estos relatos, porque no admiten los milagros; en cambio estos pseudos-sabios creen ser dignos de fe y de ser editados en 28 idiomas los documentos del asiriólogo Vandennepeerebum e interpretados no sabemos en qué forma.

Extracto de cartas.-

Para darse una cuenta de la falsificación de los relatos históricos, entresacamos algunos episodios de las cartas.

En la carta de Dalila a su suegro, aquélla le da cuenta de la locura de Sansón, de las consultas habidas con los más célebres psiquiatras (?) venidos expresos a Gaza a costa de grandes sacrificios. Todos los remedios resultaron ineficaces para curar los ataques de furia de Sansón cada vez más frecuentes y más exaltados. En uno de los arrebatos de locura, Sansón mató a un indefenso cachorro de león en los jardines del general Abimelech. Otro día se presentó con un panal de miel que había robado del colmenar del templo. También le dió por adivinanzas y enigmas, paradojas y parábolas improcedentes. Otro día, armado con su quijada de burro se fué a una pequeña población y allí se mezcló en una fiesta, quebrantó la orden facultativa del uso del vino y de la sidra, y mató con su quijada a 30 personas, desnudó a los cadáveres y al día siguiente en una recepción regaló a los invitados 30 túnicas. La policía conectó enseguida estos 30 vestidos con los 30 desnudos y hubo de pagar una suma fuerte de dinero para que Sansón no fuera en el acto degollado.

En el último plenilunio —refiere Dalila en su carta— rompió Sansón las ligaduras con que estaba atado a un clavo, se echó sobre los hombros nada menos que las puertas de la ciudad y con ellas a cuestas se marchó camino de una finca suburbana; allí soltó a 30 zorras que el peletero Melquq cuidaba con el fin de surtir las necesidades invernales del palacio real y de las principales casas de la ciudad; tuvo además la increíble ocurrencia de amarrar a sus colas, ramas de zarzas encendidas; la quemazón en los campos de trigo fué una catástrofe nacional.

El quedó chamuscadísimo, pero cuando le fueron a detener, se reía con unas carcajadas que resonaban en toda la calle y se tiraba al suelo golpeándose los muslos. Se organizaron manifestaciones clamando severa venganza: se apoderaron de Sansón; cuando los más violentos de ellos lo arrastraban por el pelo, tratando de sacarlo a la calle, para darle allí muerte a pedradas, un rápido movimiento de Dalila con hábil golpe de tijeras le libró de las manos que bien sujeta le tenían la cabellera. Más tarde ella misma entregó a Sansón en manos de la policía para que lo custodiasen y lo salvaran. Lo raparon, operación en que permitieron a Dalila ayudarles para hacerlo lo más suavemente posible; le pusieron la túnica de los presidiarios y le condujeron a una

de las torres de Dagón, como el lugar más seguro. Dalila refiere que en esta ocasión vendió sus últimas joyas por valor de 100.000 dineros de plata, hipotecó la casa para obtener de los magistrados la menos severa de las sentencias y logró la conmutación de la pena de muerte por la esclavitud y ceguera. Luego los filisteos le sacaron los ojos y Sansón fué destinado a dar vueltas a la piedra de un molino en la tahonas del templo de Dagón. Por instancias de su esposa se logró que un lazarillo le atendiese en sus necesidades.

Hemos transcrito algunos de los episodios entresacados de la carta de Dalila. En toda ella aparece Sansón víctima de sus arrebatos paranoicos. El que a los ojos del pueblo israelita fué considerado como su defensor merced a la gracia extraordinaria de su fuerza preternatural, aquí es presentado como un loco, un demente irresponsable de sus actos, incapaz de contenerse en sus furias y deshaciendo todo lo que encuentra a su paso. No se puede pretender mayor falsificación de los mismos hechos de la Sagrada Escritura.

Carta de Sansón a su padre.-

Todavía el Profesor Vandenpeerebun nos interpreta la 2ª carta de Sansón a su padre, poniendo al héroe de Israel, alabado por San Pablo (Carta a los Hebreos 11, 32) como un vulgar suicida.

Sansón, desventurado, ciego y encarcelado en el templo de Dagón, —según reza la carta— inventó un ingenioso método de escritura al tacto, que fué considerado como un portento de los más notables en aquellos tiempos: cuando todos dormían y se habían extinguido las lámparas podía escribir de noche.

Según la mencionada carta, Sansón se halla en el templo completamente desesperado, temiendo de que le sobrevenga otro de los ataques de locura, que al fin le quite la vida. Lo único que siente en esa situación trágica, es tener que dejar al pequeño Adrassur, el lazarillo de 8 años que le asiste en su soledad. Por eso en la carta a su padre le pide y le ruega atienda a este pobre niño que ha de quedar desamparado el día que él falte. Al fin conoció su destino que no fué el de conductor de pueblos, ni el juez guía de su comunidad, ni el de un general caudillo de los ejércitos, sino el de ser responsable de la educación y de la seguridad de este niño.

En general, la muerte de Sansón, tal como lo relata la Biblia, es interpretado por la casi totalidad de los exegetas católicos como una muerte inspirada por el Espíritu Santo; en aquel acto sublime de su vida no obró como persona privada, sino como juez y vengador de su pueblo; su intención no fué matarse a si mismo, sino a sus enemigos. Cuánto contrasta esta común interpretación de la Iglesia con el ambiente de suicidio en que se pinta a Sansón en la mencionada carta.

Dejemos a un lado la defensa que se hace en ambas cartas de la bondad y rectas intenciones de los filisteos; la culpa de todos los sucesos adversos que se cuentan en la Biblia están en la locura de Sansón, de ninguna manera en sus enemigos que siempre lo trataron mucho mejor de lo que él merecía.

No queremos terminar este artículo sin dar nuestra última impresión sobre

la oportunidad de publicar semejantes cartas. Los sacerdotes y fieles bien instruidos no pueden menos de despreciarlas, aunque se las vista con el elegante ropaje de modernas excavaciones y descubrimientos. El pueblo sencillo y poco versado en materias de la Sagrada Biblia puede fácilmente dar crédito a estas nuevas interpretaciones presentadas en forma tan sugestiva; y aun puede llegar a dar mayor autoridad a estas patrañas que a los relatos de Dios; con lo cual se consigue desprestigiar la veracidad de los libros Santos y desfigurar los héroes sagrados.

La censura eclesiástica sobre la publicación de semejantes escritos sin ninguna salvedad que la suavice, podría ser muy severa el día que la autoridad competente llegase a enterarse de ellos. Por eso juzgamos que la inserción de ese artículo sin ninguna apostilla que lo defienda es impropia y de mal gusto para el público católico.

FRANCISCO CORTA, S. J.

